

ABSORCIÓN DEL DISCURSO DE LA HISTORIA

*... sus hechos tienen toda la austeridad de la historia,
junto con la gracia de la novela.*

—JILMA

1. El autor como lector del pasado

Simular una realidad fue, quizá, la acción más acorde con la intención fundamental de la novela histórica. El carácter de la ficción estuvo en la representación por medio del lenguaje, lo que en apariencia constituye una realidad homologable, unas veces con mayor distancia que otras, a la vivida por los individuos a través de la historia. Es quizá el concepto de mimesis, elaborado por Aristóteles, en el que “el poeta finge acciones”, el que permite comprender el sentido de la simulación por medio de la cual se construyó la ficción en la novela histórica. Así, los procesos de representación no sólo se refirieron a acciones y acontecimientos, sino que además transmitieron historias ya elaboradas y, quizá, de alguna manera imaginadas¹. Lo que interesó entonces fue la forma como se inventó y se dispuso esta historia. El autor construyó una realidad que pertenecía al mundo de la escritura. A partir de su propia investigación acerca del pasado, basada generalmente en la lectura de otros textos, construyó un entramado en el que su referente fue el discurso mismo.

La representación del tiempo y del espacio fue el eje fundamental a partir del cual se elaboró esta literatura sobre el pasado. En un intento por simular la reconstrucción de una realidad probablemente transcurrida, la novela histórica fue configurada por el autor con unos pará-

1. “Siguiendo la máxima de Aristóteles de que el poeta es más poeta por la ficción que inventa que por los versos que compone, podemos situar a los autores de novelas entre los poetas”. Gerard Genette, *Ficción y dicción*, Lumen, Barcelona, 1993, p. 16.

metros espacio-temporales que intentaron, desde la linealidad del lenguaje, ubicar al lector frente a una realidad particular. Así, se trató de una forma de comparación con la imagen del pasado que ya había sido reconstruida a partir de los discursos que configuraron la tradición. Los encargados de elaborar de esta imagen fueron los discursos de la historia y de la tradición literaria, que establecieron el límite entre lo permitido y lo no permitido en lo que se consideró como perteneciente al mundo de la ficción.

Para completar este proceso de simulación y de absorción de discursos del pasado fue también fundamental la propuesta por medio de la cual las obras caracterizaron sus procesos de verosimilitud, en relación con lo que otros discursos apropiaban como lo verdadero. Sólo a la historia, y más aún en el siglo XIX, le había correspondido el papel social fundamental de decir la verdad. En la novela era posible el campo de la invención a partir de dicha verdad. Los lectores leían novela, no historia, aunque lo pareciera. El lector asumía ser víctima del engaño. Por esta razón, aunque se presentaba con claridad la novela dentro de su marco, muchas veces enunciando de manera explícita su género, se indujo al lector a la creencia en lo verosímil.

En el caso de la novela hispanoamericana este intento estuvo determinado por la necesidad consciente de reconstruir un pasado que articulara las dificultades del presente con una propuesta sobre la construcción de una tradición nacional. En la ficción histórica el asunto estuvo en que el discurso del presente aceptó su relación con el pasado y pactó con el lector un espacio entre el mundo considerado como real, “transcurrido”, ya vivido, y el mundo propiamente novelesco. Lo importante aquí fue que en ese pacto intervinieron otros discursos, fundamentalmente historiográficos y literarios. Quizá este fue el sentido de lo literario, poner en diálogo diversos discursos con los que se construyó el presente, ya que no de otra forma se dieron los distintos procesos lectores de una obra del pasado.

La conciencia del pasado en el discurso asumió como mediación el manejo de las fuentes. No es sólo a la historia a la que se retornó como hecho del pasado, sino que se retornó a ella hecha discurso. Y fue así como el novelista construyó procesos de intertextualidad, en los que se dio la transposición de un sistema de signos del pasado a un siste-

ma del presente. Se trató de la referencia a otro texto y de la transposición de un sistema signifiante a otro². Ya lo dijo Mijail Bajtín cuando se refirió a la movilidad de la palabra literaria, señalando el texto como forma de absorción y réplica de un mundo de escritura anterior.

Por esta razón, en la novela histórica del siglo XIX se puede hablar, más que de una intención de fidelidad histórica, de una búsqueda de verosimilitud, que en gran medida se construyó no a partir de la copia y de la identificación con el pasado, sino en la absorción y transformación de textos que se desplazaron desde el pasado hacia el presente.

Felipe Pérez presentó en sus obras procesos de intertextualidad en los cuales estuvieron presentes los textos de cronistas de indias, como el Inca Garcilaso, Francisco López de Gómara, Fernando de Montesinos y de autores como William Prescott y Florencio O'Leary, sus contemporáneos. Si la novela, en palabras de Genette, da una presencia efectiva a un texto en otro³, las novelas históricas sobre la conquista del Perú de Felipe Pérez hicieron efectivos dichos textos del pasado y del presente.

2. La escritura sobre el pasado colonial

La novela histórica del siglo XIX colombiano tuvo la función de construir los escenarios que desde la ficción reelaboran el pasado, sustentados bajo tres intenciones que en el presente se fusionaron muchas veces en el mismo discurso: la moral, las costumbres y lo nacional. En la selección de un pasado más próximo, el de la Independencia, o más distante, el de la Conquista o quizá un remoto pasado europeo, se vio la necesidad de apropiación de realidades a las cuales se les dio una significación útil para el presente. La diferencia fundamental que aquí interesa es la que se marcó entre el tratamiento que algunas novelas neogranadinas dieron al pasado colonial y la diferencia con las elaboradas sobre el pasado de la Conquista.

2. Desiderio Navarro, "Intertextualité. Treinta años después", en *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto* (selección y traducción de Desiderio Navarro), UNEAC/Casa de las Américas, La Habana, 1997, p. 2.

3. Gerard Genette, "La literatura a la segunda potencia", en Desiderio Navarro, *Intertextualité...*, p. 55.

Muchas veces se ha considerado que en la novela hispanoamericana de mitad de siglo la novela histórica participó como expresión del fortalecimiento del liberalismo sobre la nación. No siempre ocurrió así, ya que al menos en el caso colombiano se dio una fuerte actitud histórica en la novela que quiso fortalecer la dependencia del pasado colonial y por lo tanto provino del grupo más conservador de la sociedad. Las obras no se plantearon el pasado como un conjunto de acontecimientos heroicos o como el escenario de unos acontecimientos. Se buscó restituir al pasado desde la comparación con el presente, es decir, en la distancia, hacer una relación de las costumbres del pasado y compararlas con las vividas en la actualidad. Curcio Altamar en su obra sobre la novela en Colombia denominó estas obras “novelas costumbristas sobre el pasado colonial”: “En su vuelta intelectual hacia el pasado los novelistas añoran las costumbres viejas idealizándolas y denuestan o menosprecian el presente que les parece carecer de sabor y de interés, de nobleza e hidalguía”⁴.

En este caso no interesaron los hechos que argumentalmente conformaron la historia, lo que sí fue un factor fundamental en la novela de tipo liberal y romántico. Lo que interesó a las novelas sobre el pasado colonial fue aquel material histórico que permitió la permanencia de determinadas relaciones sociales; no lo individual conformado por asesinatos y hechos de magia que servían como estrategia narrativa y de seducción para el lector, sino, lo que aparentemente era contradictorio, las diferentes relaciones que hacían que permaneciera el sentido de lo colectivo. Importaban los vínculos que mantenían la armonía, que por demás se configuraron en la permanencia de las creencias católicas y desde las estructuras sociales promovidas por el mundo colonial. Lo colectivo se enfatizó en las particularidades.

Aunque es pertinente señalar la necesidad de una investigación más amplia sobre los procesos de recepción de la escritura colonial y de la literatura española por parte de los escritores del siglo XIX, puede afirmarse que la novela histórica se encargó de activar el pasado a partir de la reescritura de textos comunes a la tradición literaria. Fue quizá

4. Antonio Curcio Altamar, *Evolución de la novela en Colombia*, Colcultura, Bogotá, 1975, p. 85.

lo que ocurrió con *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle, que escrito en 1636 y del cual se conocen diversos manuscritos, sólo fue publicado por Felipe Pérez hasta 1859. *El Carnero*, de nombre original *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada hasta el año 1630*, fue la obra central a partir de la cual se elaboraron variadas producciones literarias del siglo XIX. Llama la atención cómo algunos de los asuntos allí contados son retomados para su nueva narración. De interés particular fueron para los neogranadinos las historias relatadas a partir del capítulo décimo, creadas por la intención inicial del autor de narrar los primeros cien años de vida colonial, que dedicó al relato de los acontecimientos que ocurrieron en la ciudad de Santa Fe.

El caso más notorio fue el crimen cometido por el oidor Cortés de Mesa reelaborado por Juan Francisco Ortiz en *El oidor de Santafé* (1845), cuadro de costumbres, por José Antonio de Plaza en *El oidor de Santafé. Romance del siglo XVI* (1850), y por Germán Gutiérrez de Piñeres en *El oidor de Santafé. Drama histórico* (1857)⁵. Pero no fue éste el único caso, también ocurrió con la novela *Los tres Pedros*, obra de Temístocles Avella Mendoza, quien tomó la historia de los crímenes de Inés de Hinojosa cuidadosamente relatada en *El Carnero*. José Caicedo Rojas escribió a su vez, basado en la obra de Rodríguez Freyle, la historia de Juana la bruja y dio su propia versión a finales de siglo en la novela del mismo nombre. Caicedo, en *Don Álvaro*, otra de sus novelas históricas realizó metarrelatos sobre Juana y el oidor Cortés de Mesa. Esta obra siguió la intención planteada en los textos anteriores y se fundamentó en la propuesta argumental de *Don Álvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas. Además de la mediación que impuso la presencia consciente y clara de un texto original, perteneciente a la tradición colonial o española, estuvo la relación que con la escritura se estableció en la utilización directa de las fuentes historiográficas. Por ejemplo, en *Juana la bruja* el autor mencionó de manera directa la versión que sobre las actividades de los oidores Beltrán y Góngora y López de Galarza dio el historiador Lucas Fernández de Piedrahíta.

5. Carmen Elisa Acosta Peñaloza, "Crimen colonial: un oidor literario en el siglo XIX", en *Literatura, Teoría, Historia, Crítica*, n° 1, Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1997, pp. 182-209.

Los novelistas, al diferenciar su escritura de la propuesta historiográfica, supieron que su intención era dar una versión sobre el pasado, no el pasado mismo. La dualidad se presentó para autores y lectores de la primera mitad del siglo XIX ante la creación de una tradición en la que no se pretendía hacer una crítica directa a la actividad colonizadora por parte de España. Si bien el mundo colonial se construyó para la consolidación de las costumbres, el pasado fue fundamentado en relaciones condenables pero justificables en la permanencia de la realidad. No estuvo ajena la literatura a la afirmación del carácter caballeresco y heroico del pueblo español, a la conflictiva relación entre las armas y las letras⁶.

Aunque es difícil generalizar, dado que buena cantidad de las novelas históricas aún no han sido trabajadas, puede interpretarse que los más conservadores escribieron sobre el pasado colonial y los más liberales sobre el pasado de la Conquista. La literatura sobre el pasado colonial, de carácter conservador, no estableció puente alguno con el pasado indígena. Este puente quizá se estableció con la literatura sobre el pasado de la Conquista. En obras como *Los Pizarros* se encontró una crítica directa a la visión de mundo española y se exaltó el mundo indígena. Mundo que, en las otras obras, había desaparecido a favor de la representación de la ciudad colonial. A Felipe Pérez le interesó el pasado anterior a la llegada de los españoles a América y el pasado de la Conquista, y se detuvo, identificándose cada vez más con su pasado español, cuando en la fundación y consolidación de las ciudades la Colonia estableció todo su poderío y las instituciones españolas se encontraron fortalecidas ante la desaparición de los heroicos conquistadores y de los incas.

6. En una realidad donde el crimen es el motor de la historia, don Álvaro se aferra a la poesía para interpretar su realidad y los versos lo conducen a comprender su destino; cantante y bailarín es Jorge Voto en *Los tres Pedros* y allí mismo Pedro de Hungría hace uso del teatro para descubrir la verdad del crimen.

3. La escritura sobre el pasado de conquista

3.1. Crónicas de Indias y textos de la tradición española

... ella se refiere a sucesos que tuvieron lugar en una época remota y en el seno de una civilización especial, débil o absurdamente transmitida hasta nosotros por cronistas baladíes o exagerados...

—Presentación a Huayna Capac

El tiempo transcurrido entre el pasado colonial y el presente para consolidar la nación estuvo determinado en el discurso neogranadino por el desplazamiento temporal que implicó la relación entre la crónica y la novela. Dicho desplazamiento puede verse, por un lado, en la relación que como géneros a través del tiempo establecieron la crónica desarrollada más durante la Conquista aunque de ninguna manera ausente en el período colonial, y la novela, más presente en los desarrollos narrativos de la Colonia⁷. Por otro lado, y es el que aquí interesa, la transformación que sufrieron los textos de conquista al ser entretejidos, a veces de manera directa, con las formas de ficción del siglo XIX, permite preguntarse por algunas características de los textos originales que escritos en una determinada situación de enunciación se constituyeron en elemento de transformación en el presente. Dichos textos participaron en un particular diálogo con el autor del presente, con un resultado de apropiación y modificación del texto dispuesto en la nueva obra literaria. Este proceso de transformación de la crónica a la novela fue más evidente cuando se piensa en la fuerza con que la actitud romántica introdujo en los hechos del pasado los motivos fundamentales del destino, del amor y de la muerte. En el caso de la novela histórica, como ya se ha visto en un capítulo anterior, se desarrollaron a su vez en la consolidación de los personajes y en la construcción fortalecida del héroe.

7. Diógenes Fajardo, "La novela colonial en América Latina", en *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, n° 21, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia, Bogotá, 1993, pp. 9-39.

Es difícil tener certeza de cuáles fueron las versiones con las cuales trabajó Felipe Pérez, lo que sobre todo en el caso de Prescott implica aventurar una lectura. No obstante es significativo que los textos básicos sobre los cuales se fundamentó el desarrollo de la novela fueran americanos. Se trató del mestizo peruano Inca Garcilaso de la Vega y del norteamericano William Prescott. Esta presencia, bastante fuerte en la obra, estuvo acompañada de las referencias de los cronistas españoles Francisco López de Gómara y Fernando de Montesinos.

En las obras se encontraron dos tipos de fuentes. Fueron explícitos los nombres y las referencias a los autores que ratificó Pérez en su tradición histórica. Es por esto necesario articular aquí, en lo posible, la relación de estos textos del pasado, particularmente las crónicas, y la manera como fueron dispuestas en las novelas de Felipe Pérez y cómo representaron el pasado en su condición de referentes. Se trata de inferir el sentido de estas relaciones y no de descubrirlas como verdaderas y directas⁸.

Pupo Walker⁹ asume como hipótesis de su trabajo la permanencia del elemento literario en el pensamiento histórico de América. Este planteamiento, ampliamente sustentado por el autor, permite preguntarse, en el caso de la prosa colombiana del siglo XIX, por la vocación histórica de la escritura literaria. Afirmación ésta que evalúa la naturaleza de la escritura de la historia en donde se diluyeron sus límites con los de la experiencia literaria. El discurso histórico asumió así los cánones narrativos de su época y la novela asimiló particularmente dichos cánones.

El problema de la verdad estuvo determinado en las crónicas de Indias por el propósito: “lo que se juzga del relato es su función, no es su verdad, la objetividad del discurso es constreñida por la utilidad político-oficial que pueda presentar”¹⁰. Y fue quizá la conciencia de

8. En ningún caso se trata aquí de señalar cada una de las referencias y hacer un análisis comparativo de ellas con su texto “original”. Se trata de inferir el entretendido y la significación que adquieren dichos textos en las obras de Felipe Pérez.

9. Enrique Pupo Walker, *La vocación literaria del pensamiento histórico latinoamericano*, Gredos, Madrid, 1982.

10. Bernardo Tovar, *La Colonia en la historiografía colombiana*, Ecoe, Bogotá, 1990, p. 28.

esa función lo que la novela pretendió develar al darle un nuevo papel a la historia escrita, enmarcado en el discurso “no verdadero” de la ficción. En la escritura de las crónicas estuvieron presentes intenciones directas determinadas por la presencia institucional de la Corona que impuso límites, por ejemplo, a partir de la creación del cargo de cronista oficial o desde la presencia de la censura. Fueron factores que ejercieron control no sólo en cuanto a los preceptos de la doctrina católica sino sobre temas que eran problemáticos para la Corona, como la relación de los conquistadores con las instituciones españolas, de las relaciones con los indígenas, la promulgación de algunas leyes y la esclavitud de los indígenas. Ese impulso por escribir la historia verdadera y oficial determinó la necesidad, por parte de los cronistas, de revisar los “errores contenidos en otros libros”. No puede olvidarse que en la tradición de las crónicas del humanismo clásico, el cronista interponía sus lecturas entre la realidad y sus escritos, y el eclesiástico recurría a la Biblia y a los textos escolásticos para explicar la realidad.

Los *Comentarios reales*¹¹ del Inca Garcilaso se han convertido a través de la historia en textos afirmativos de lecturas diversas y quizá extremas. Es interesante ver cómo la escritura del Inca ha sido una voz que tiende a permanecer a través del tiempo en la consolidación de nuevas voces y su uso se adecua a diferentes conflictos, no sólo americanos como las diversas interpretaciones y valoraciones que le dan los criollos limeños en la afirmación de su origen hispano¹², sino también en lecturas europeas como las propuestas sobre el valor de la utopía durante la Revolución Francesa¹³.

El Inca Garcilaso, dejando a un lado las historias generales de inicios de la Conquista, buscó la escritura de historias particulares en las

11. La historiografía moderna designa como *Historia del Perú* la segunda parte de los *Comentarios reales*. El Inca se refiere en su introducción a primera y segunda parte de los *Comentarios*.

12. José Antonio Mazzotti, “Garcilaso y los orígenes del garcilasismo: El papel de los *Comentarios reales* en el desarrollo del imaginario nacional peruano”, en *Revista Fronteras*, n.º 3, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, p. 29.

13. Iris Zavala, “El Inca Garcilaso en las utopías revolucionarias”, en Beatriz González Stephan (coord.), *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1992, p. 219.

cuales la tradición escrita exigió una intención de contar y de cuidar la manera cómo se cuenta¹⁴. Los objetivos fundamentales de los *Comentarios* fueron desarrollados en sus dos grandes partes: en la primera, lo importante fue la reconstrucción del gran imperio que se perdió bajo la dominación española y del que no se tenía memoria escrita. Una de las funciones del cronista fue completar lo sabido. En la segunda parte trató de acontecimientos más cercanos, que tenían que ver con la conquista y la primera época de colonización española, y el cronista contó con documentos, relaciones y testigos; el objetivo de completar, tanto en una como otra parte, se amplió con el de la rectificación y la polémica: "... y que no diremos cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo; que mi intención no es contradecirles sino servirles de comento y glosa..."¹⁵. Fue así como la escritura de la obra provino de dos tradiciones: una letrada que hacía parte del erudito europeo y otra oral que provenía de la tradición americana. Ante estas dos tradiciones se construyó el tono de réplica del Inca sobre las crónicas más prestigiosas escritas hasta el momento sobre la conquista del Perú. El cronista se dirigió directamente "A los que afirman", en una revisión del conocimiento general, como por ejemplo la forma de la tierra y sus características geográficas y temporales, en los hechos de la historia.

Ya en las crónicas de Indias se evidenció una afición por relatar la historia a partir de actos particulares y personales. Por la cercanía de una historia propia, para Felipe Pérez la necesidad de escribir —la Independencia sustituyó todos los hechos heroicos anteriores— se con-

14. Refiriéndose a la relación entre crónica e historia en el siglo xvi, Walter Mignolo afirma: "En el momento en que ambas actividades y ambos vocablos coexisten es posible encontrar, al parecer, crónicas que se asemejan a las historias; y el asemejarse a la historia, según los letrados de la época, proviene del hecho de escribir crónicas no sujetándose al seco informe temporal sino mostrando más apego a un discurso bien escrito en el cual las exigencias de la retórica intervienen en el asiento temporal de los acontecimientos. Walter Mignolo, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en *Programa internacional interdisciplinario de estudios culturales sobre América Latina* (Lecturas Coloquio Internacional) 1996-1999, Santa Fe de Bogotá, p. 75.

15. Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1985, p. 5.

virtió en un cometido que desde ningún punto de vista requirió objetividad, pero sí la construcción de un mundo que se pudiera asumir como propio. La revisión de los discursos del pasado fue entonces un imperativo. Esta afirmación, válida para los autores neogranadinos, adquirió una nueva importancia si se tiene en cuenta la polémica que sobre la historia colonial propuso en Chile Andrés Bello contra su adversario Lastarria cuando éste planteó aniquilar y desconocer dicho pasado, de la cual no estuvieron ajenos los escritores de la Nueva Granada.

Como es característico del sentido de reconstrucción de un pasado que configure la nacionalidad, la novela histórica tuvo como fundamento un relato de algo históricamente reconocido. Fue constante la apelación del narrador a la memoria de los lectores, a algo ya sabido por ellos a través bien fuera de la tradición oral o de la escritura, y que hubiera anclado en la tradición. “Como muy bien lo saben los lectores...” fue una fórmula permanente que entrelazó el mundo de lo conocido con el mundo de lo desconocido o, al menos, con la transformación de éste. En el mundo letrado el reconocimiento del Inca Garcilaso como la voz de la tradición y del pasado estuvo asociada en las novelas de Felipe Pérez a la voz de lo ya conocido, lo que de alguna manera pertenecía a la necesidad histórica de una permanente revisión. Recordar en este caso consistió en afirmar. Las referencias al cronista se convirtieron en sello de veracidad y exactitud en las afirmaciones: “Batalla fue ésta, dice Garcilaso, en la que pelearon todas las fuertes lanzas de la conquista, y a la que no faltó uno solo de los capitanes españoles que había en la tierra, ora por el rey, ora por el usurpador”¹⁶.

Pero además de la veracidad y del recuerdo se dio una aproximación a la voz del pasado, útil para configurar un mundo que se armó a partir del detalle de la cotidianidad, casi con el dato curioso:

Oh! A fin de que se pueda estimar en su verdadero valor la riqueza de los españoles en aquella época, en que el dinero sonante era tan escaso como en Esparta, vamos a referir algunos pasajes de Garcilaso y Gómara que nos vienen como molde...

16. Felipe Pérez, *Jilma*, Imprenta de Ovalles y Cia., Bogotá, 1858, p. 49.

La cita fue complementada con otra cita del rey don Alfonso el Sabio. La referencia a los tres autores hoy parece curiosa por el interés en el detalle, pues tiene que ver con una aproximación a los costos de la vida en cuanto al valor de un par de zapatos en el Inca, las rentas de la corona de Francia en Gómara y el pago de una misa en don Alfonso¹⁷.

El trabajo que realizó Pérez a partir de la obra del Inca fue de selección, en un gesto por independizar y a la vez integrar en su discurso algunos apartes de la historia que se repartieron de modo diverso. La estructura de las novelas y la de los *Comentarios reales*, quizá determinada por el devenir de la propia historia, fue la misma. En la primera parte los protagonistas fueron los incas, en la segunda los españoles.

Aun dada la importancia que para Pérez tuvo la versión del Inca, nunca adquirió completa autonomía de su fuente paralela, la obra de William Prescott. Los dos autores fueron citados y referidos e intercalados como el cronista y el historiador:

“Después de navegar por este río, unas dos leguas, dice el historiador, Pizarro mandó fondear...”; “... y se lanzó a tierra llevando una cruz en alto, en que, según palabras del cronista, confiaba más que en otra cosa ...”¹⁸. En algunas oportunidades evitó enunciarlos de manera directa y presentó un texto intercalado de alguno de los dos entre comillas¹⁹.

El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), por su original condición de hijo de español e indígena, lo que ya es bien conocido, participó de las dos tradiciones. Aun así, puede afirmarse que optó en la historia de los conflictos armados de los incas por el mundo de su madre. Ella por su condición familiar y política fue afecta a Huascar, y por lo tanto consideró a Atahualpa un tirano y un bastardo. El Inca compartió su tradición materna y optó igualmente por el hijo peruano de Manco Capac, en oposición al considerado ilegítimo. Quizá por este motivo algunos han visto elementos carentes de imparcialidad y contradic-

17. Felipe Pérez, *Los Pizarros*, Imprenta de Echeverría Hermanos, Bogotá, 1857, p. 302.

18. *Ibid.*, p. 63 y 157 respectivamente.

19. Entre varios ejemplos, *Ibid.*, p. 428.

torios en la concepción de los *Comentarios reales* por parte del Inca. El personaje más conflictivo de su obra, en lo que tiene que ver con la primera parte, fue Atahualpa²⁰. En él confluyeron todos los intereses imperiales de los incas y la crueldad de su imposición. Con su exposición se destruyó la estructura paradisíaca del mundo americano anterior a la conquista española descrita por el Inca. Varios capítulos dieron cuenta de los actos del descendiente de los de Quito y con ellos concluyó la primera parte. Sus títulos lo muestran: “Batalla de los incas, victoria de Atahualpa y sus crueldades”, “Causas de las crueldades de Atahualpa y sus efectos cruelísimos”, “Pasa la crueldad a las mujeres y los niños de la casa real”, “Algunos de la sangre real escaparon de la crueldad de Atahualpa”, “Pasa la crueldad a los criados de la casa real”.

Al respecto Felipe Pérez también aportó su propia opinión en cuanto a la posición del Inca frente a determinadas situaciones. Se distanció de la actividad histórica del peruano, lo que quizá puede aparecer como contradictorio, pero enfatizó la intención del novelista de rescatar el mundo americano. El narrador presencié un mundo que había desaparecido sin remedio. El caso particular tuvo que ver con el punto de vista del cronista sobre Atahualpa:

La historia se detiene con un deleite cruel en los detalles de estas muertes, que el deber terrible de la conquista hizo consumir al afortunado bastardo; pero nosotros nos apartamos en este punto indigno de toda fe por lo exagerado de sus relatores; entre los cuales descuella Garcilaso de la Vega, en nuestro humildísimo concepto, el más visionario y el menos imparcial de todos los cronistas del Nuevo Mundo²¹.

Es desde esta perspectiva que el escritor neogranadino sentó su posición ante la historia y la actitud de los guerreros peruanos. Pérez realizó una defensa histórica de Atahualpa: “En buena hora que la

20. Walter Mignolo denomina la presencia de Atahualpa permanente y no cronológica en la obra como un “principio fantasmático” en el cual anidan las obsesiones personales del Inca. *Op. cit.*, p. 91.

21. Felipe Pérez, *Atahualpa*, Imprenta de Echeverría Hermanos, Bogotá, 1856, p. 100.

conducta de Atahualpa no fuese una conducta digna de elogio; ¡pero la de cuál conquistador lo ha sido! La de ninguno porque ninguno podía serlo. (...) Pero creemos nosotros que Atahualpa no llevó su tiranía más allá del límite sangriento que le trazaba su propia seguridad...”²². Más aún, nuevamente cuestionando al Inca, afirmó su total desacuerdo con la versión que afirmó que las crueldades eran extensivas a las mujeres y a los niños.

El carácter revisionista y transformador de la novela defendió a Atahualpa contra cualquier juicio de la historia anterior: “La historia no ha podido hasta ahora explicar la actitud de Atahualpa...”. En su defensa señaló la importancia de la actitud individual y de sus decisiones. Como en otras oportunidades en la construcción de un personaje, por ejemplo Pizarro, el individuo primó sobre la colectividad. Felipe Pérez resaltó el papel del individuo como hacedor de la historia. Participó así con el liberalismo en la fe en el individuo y sus acciones.

Sin olvidar esta marcada diferencia entre la propuesta del Inca sobre Atahualpa y la del escritor del siglo XIX, las novelas absorbieron la voz del Inca en su carácter legitimador de la historia del Perú. No corresponde aquí desentrañar los múltiples elementos que construyeron la visión del Inca Garcilaso, su relación con el mundo español y el mundo americano, y la manera como justificó la conquista española, su pertenencia a la tradición hispana y la caracterización como indígena, en últimas como mestizo. Es importante enfatizar que el Inca fue el cronista mestizo que se adecuó al sentimiento del neogranadino en la aceptación de la lengua española y a la vez resaltó el sentimiento vivo del pasado indígena y de la tradición hispánica²³.

La exaltación de los conquistadores, que va desde el elogio de Francisco Pizarro hasta el de su hermano, el rebelde Gonzalo, puede entenderse además como parte de la estrategia general de la obra para legi-

22. *Ibid.*, p. 100.

23. “... que también usó de esta su piedad para enviar su Evangelio y luz verdadera a todo el Nuevo Mundo, que tanta necesidad tenía de ella, pues vivían, o, por mejor decir, perecían en las tinieblas de la gentilidad e idolatría tan bárbara y bestial como en el discurso de la historia veremos”. Garcilaso, *op. cit.*, p. 12.

timar a los mestizos como verdaderos herederos de las hazañas de los conquistadores y de la sabiduría de los gobernantes cuzqueños²⁴.

El Inca de alguna manera fue el personaje sin territorio que fue Pizarro, y personaje-tipo a partir del cual se quiso fundar la nacionalidad, en ese espacio indeterminado entre España y América o entre América y España. También como los personajes de la novela, Garcilaso cambió de nombre al llegar a España.

La distancia que buscó tomar en su escritura lo hizo apropiarse de su nueva condición de mestizo: “A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él”²⁵.

Por su parte, Felipe Pérez sintió la necesidad de legitimar la totalidad del pasado indígena, para así lograr el equilibrio que requirió su pertenencia tanto al mundo del pasado americano como del pasado español. En ese movimiento entre el mundo español y el mundo americano, una referencia a Francisco López de Gómara fue quizá la manera como Felipe Pérez aceptó la tradición más fuertemente marcada de la historiografía de la historia del Perú. No se puede olvidar que Garcilaso dialogó con el cronista español, ratificando, corrigiendo o ampliando su versión de la historia.

Francisco López de Gómara (1511-1564) fue capellán de Hernán Cortés y caracterizó de manera especial sus crónicas el hecho de que nunca viajó al Nuevo Mundo. En 1552 apareció publicada la primera edición de la *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*. Se trató de una historia moral en la que López de Gómara fue un fervoroso admirador de la Conquista. Allí la historia se concibió esencialmente como la biografía de los grandes hombres, en donde la figura del con-

24. José Antonio Mazzotti, “Garcilaso y los orígenes del garcilasismo...”, *op. cit.*, p. 29.

25. Garcilaso de la Vega, *op. cit.*, p. 86.

quistador sobresalió en toda la conquista. Esto de alguna manera pudo contribuir a la consolidación de los personajes heroicos en la construcción de las novelas. Es curioso encontrar que Felipe Pérez no tuvo en cuenta la voz de Hernán Cortés como cronista, aunque quizá de allí y de la biografía de López de Gómara provino su voz como personaje.

A lado de Gómara, otro cronista señalado de manera directa en las novelas fue Francisco de Montesinos en sus *Las memorias antiguas y modernas del Perú*. Felipe Pérez extrajo de allí la versión milagrosa de la batalla de Puná. El cronista español viajó a Lima en 1629, y ocupó el cargo de Visitador General y el Curato en Potosí. En igual condición estuvo Cristóbal de Molina —“Empero si hemos de dar entero crédito a Molina”²⁶—, del que se dio esta única y breve referencia dirigida al asombro de los españoles ante los jardines de oro y plata que encontraron en Túmbez. “Hay dos Cristóbal de Molina: los dos del siglo XVI, los dos clérigos, los dos escritores acerca de cosas del Perú”. El uno se dedicó fundamentalmente al descubrimiento de Chile por Almagro, aunque también relató algunas de las costumbres de los indios; el otro enfocó directamente su trabajo a la religión y fábulas de los incas. Al primero se le denominó el Almagrista y al segundo el Cuzqueño²⁷. Desafortunadamente, Esteve no ha podido tener a la mano una u otra obra para así determinar cuál de los dos autores leyó Felipe Pérez.

Dentro de la tradición española, ya no directamente historiográfica, además de la referencia realizada a Alfonso X, se dio una cita al *Romancero de Mora*²⁸. Fue utilizado quizá como el género más apropiado entre la historia y la literatura, para ubicar la época del reinado de Carlos V. No se puede olvidar la relación que estableció Pérez entre el romance y su importancia épica para una nación. Se trató de explicar en términos españoles la vida social, el tema del pueblo, de gran importancia en el discurso liberal del siglo XIX.

La absorción textual de fragmentos de obras españolas por parte del Inca Garcilaso conduce a pensar que, además de las estrategias na-

26. Felipe Pérez, *Los Pizarros*, op. cit., p. 160.

27. Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Gredos, Madrid, 1964, p. 457.

28. Felipe Pérez, *Los Pizarros*, op. cit., p. 287.

rrativas de seducción al lector que este hecho posibilita, fueron formas de legitimación del discurso novelesco. La utilización del Inca validó no sólo la intención de apropiarse del pasado americano; permitió también construir un mundo que consolidó su tradición entre España y América. Para Felipe Pérez en la construcción del mundo novelesco no bastó con esta forma de hacer efectiva la obra del Inca. Ésta adquirió su verdadera dimensión en el diálogo con otra propuesta historiográfica más cercana al presente del novelista: la utilización de William Prescott fue la apropiación de una cultura distinta, extranjera, en la que se reconoció la presencia del otro y en la que a partir de su identificación se hizo presente la ampliación del ámbito cultural del novelista.

3.2. *Textos contemporáneos*

Felipe Pérez participó en la preocupación fundamental de sus contemporáneos americanos en la aceptación de la tradición reconocida como española y la consolidación de una nueva tradición. Era nueva y sin desconocer su pasado español debía apropiarse de un pasado en el que participara la tradición indígena, y quizá lo que era más importante para la solidificación de su pensamiento liberal poder asegurar la participación a una tradición más ampliamente europea y norteamericana. De allí su interés por participar en los discursos historiográficos de autores como William Prescott y el general Florencio O' Leary.

No existe claridad sobre cuál de las ediciones en español de la *Historia de la conquista del Perú* llegó a manos de Felipe Pérez²⁹. Fue probable que tuviera acceso al historiador norteamericano en su viaje al Perú cuando en 1852 fue nombrado secretario de la Legación de la Nueva Granada ante los gobiernos de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, de la cual era jefe Manuel Ancizar. “La versión que tuvo mayor difusión en el Perú, a juzgar por el número de ejemplares que se conser-

29. Para este trabajo contamos con la edición de William H. Prescott, *Historia de la conquista del Perú. Con observaciones preliminares sobre la civilización de los incas*, Gaspar y Roig, Madrid, 1853.

van, es la Nemesio Fernández Cuesta editada por Gaspar Roig en 1851. La misma es una versión popular de la publicada por Rodríguez de la Rivera en Madrid en 1847³⁰.

William Hickling Prescott (1796-1859) fue reconocido en su época como el historiador que con sus escritos aproximó a los lectores de lengua inglesa a la historia española y americana. Su extensa obra estuvo determinada por la colaboración de historiadores, ayudantes y diplomáticos que pusieron a su alcance una gran cantidad de fuentes y manuscritos, que le permitieron no sólo escribir la *Historia de la conquista de México* y la *Historia de la conquista del Perú*, sino además la *Historia del reinado de Fernando e Isabel*, editada en 1833, y los dos volúmenes sobre la *Vida de Felipe II*, en 1855.

La preocupación de Prescott en el prólogo a su obra sobre el Perú consistió en aliviar un poco su imagen de historiador ciego, que a partir de un gran esfuerzo elaboró las *Historia de la conquista de México* (1843) y la *Historia de la conquista del Perú* (1847). Para esto enfatizó la colaboración de sus auxiliares, que fueron enviados a las bibliotecas españolas a copiar los manuscritos referentes al pasado americano. Así no sólo demostró la intensidad de su trabajo, sino también su dependencia absoluta de fuentes de primera mano y por lo tanto confiables según su veracidad. A pesar de tanto trabajo y esfuerzo, parece que para el historiador norteamericano su historia del Perú fue una obra menor, sólo necesaria para complementar sus libros anteriores. Es quizá por esto imprescindible para el autor realizar en el texto comparaciones regulares con la historia de México, entre la grandeza de Cortés y Pizarro, entre la cultura mexicana y la peruana. Pero este hecho también formó parte del carácter rectificador del que como historiador participó a su vez Prescott. Se remitió a las obras del Inca Garcilaso, de Francisco López de Gómara, de Pedro Pizarro, de Fernando de Montesinos, de Antonio de Herrera, de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Pedro Cieza de León, Agustín de Zárate, Diego Fernández de Palencia y de Alejandro von Humbolt, los principales entre otros.

30. Secundino Villoria y Juan José Larero, *La historia traducida* (versiones españolas de William H. Prescott en el siglo XIX), Universidad de León, León, 1992, p. 150.

En el caso de Prescott se puede ver nuevamente cómo la literatura y la historia intercambiaron sus intereses y sus discursos. Por un lado, participó la historiografía del lenguaje de la literatura: “La admiración que los historiadores norteamericanos sentían por novelistas como Scott, los impulsó a adaptar varias de sus convenciones literarias. Existe una gran proximidad entre las ‘estructuras’ interpretativas de la ‘imaginación histórica’ de los mismos historiadores (que incluye figuras tan importantes como Bancroft, Prescott y Parkman) y el discurso literario, tanto en los modelos que utilizan como en las implicaciones ideológicas de sus versiones del pasado”³¹.

Por otro lado, el discurso de la historia prestó sus convenciones a la construcción del pasado en la literatura. La obra de Prescott probablemente llamó la atención al novelista del siglo XIX por la aproximación al héroe, lo que se constituyó en fundamento para la labor literaria. “La influencia del modelo romántico de Prescott es evidente. El drama histórico debía estar revestido de la ‘magnificencia y grandeza’ de los reinos, escenario adecuado para que a un choque de caracteres (Cortés y Moctezuma, Atahualpa y Pizarro) pudiera atribuirse una significación”³². Trató por medio de la escritura de resaltar el interés dramático de la conquista.

Para Felipe Pérez fue fundamental la narración de la historia por parte del autor-narrador, en el sentido de reconstruir una temporalidad sobre el pasado tanto indígena como de la Conquista, que le fuera útil como instrumento de veracidad. Pero también lo atrajo la posibilidad que desde la historia se daba a la construcción de los personajes. Quizá por eso participó de los propósitos de Prescott, quien en la introducción a *La conquista del Perú* afirmó:

Los ingleses dan gran mérito a la pluma de Robertson, cuyo magnífico bosquejo ocupa el espacio que le corresponde en su gran obra sobre América. Mi objeto ha sido presentar al lector la misma historia con

31. Fernando Unzueta, *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, Latinoamericana Editores, Lima/Berkeley, 1996, p. 51.

32. Germán Colmenares, *Lás convenciones contra la cultura*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1987, p. 119.

todos sus poéticos pormenores; no simplemente retratar los rasgos característicos de la Conquista, sino realzar los perfiles con un colorido animador, de modo que presente una minuciosa y fiel pintura de aquellos tiempos. Con ese objeto al componer esta obra me he aprovechado lo más posible de los manuscritos que poseo, y sobre todo he sacado mucho partido de sus cartas, porque en nada es más probable que se descubra el corazón que en la libertad de la correspondencia privada. He hecho amplios extractos de estos documentos en las notas, tanto para apoyar el texto, como para dar publicidad a estas producciones de los eminentes capitanes y estadistas de aquella época, producciones que los mismos españoles no conocen³³.

Es interesante ver cómo en el diálogo entre discursos que se estableció en las novelas de Pérez, las referencias del historiador no se presentaron en los momentos de mayor tensión dramática, sino que contribuyeron a la conformación del mundo cotidiano. Le atrajeron más los aspectos concretos de la vida que las ideas, al igual que ocurrió con su contemporáneo Irving, aunque se diferenció de éste por el amplio acervo documental³⁴.

Los Pizarros fue uno de los ejemplos directos de la manera como la novela histórica reconoció y aprovechó el carácter textual de la historia. El neogranadino elaboró un capítulo denominado “Donde el autor deja a Prescott el cuidado de hablar por él”³⁵. El autor dio su pluma al historiador, quien narró, continuando con la estructura y el estilo anterior, el viaje que realizó el marino Ruiz para reconocer la isla de Gallo, el asombro mutuo entre indígenas y españoles al reconocer que el otro poseía embarcaciones de igual técnica que la propia, y la espera de Pizarro en la isla. Sus acciones se asemejaron a las de Cortés, “al que parecía haberse fijado como modelo”. Así el texto estuvo dispuesto de tal manera que en varias ocasiones fue imposible distinguir las voces con las cuales estuvo configurado.

33. William Prescott, *Historia de la conquista del Perú*, *op. cit.*, p. 4.

34. George Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 416.

35. Felipe Pérez, *Los Pizarros*, *op. cit.*, p. 88.

Las referencias al historiador, que como se recordará están intercaladas permanentemente con las del Inca, al que se denominó el cronista, permitieron momentos en los que confluyeron las tres voces principales de la obra, la de Pérez que absorbió la de Prescott, que a su vez absorbió a Garcilaso: “Al fin como dice el valiente escritor americano, el ejército real al llegar a la cresta”. El uso del historiador no estuvo dirigido, como puede verse, a los grandes hechos sino que por el contrario se utilizó sobre todo para ratificar el detalle: “Pizarro, dice el historiador, antes de sentirse cortado en presencia del Emperador, conservó su acostumbrada calma...”³⁶. Igualmente se remitió al norteamericano para señalar actos como fondear el barco o la descripción de un valle, entre otros. Es fundamental señalar cómo el autor quiso hacer consciente en el proceso lector el uso de las fuentes historiográficas. Trató de consolidar la novela desde otras lecturas que fueron las encargadas de complementar el mundo que se fue creando, varias veces citado de manera directa y entre comillas: “Repasemos ahora en las páginas del historiador los rasgos privativos de la organización política de este imperio: en ella están trazados con su propio colorido; y nosotros necesitamos conocer algo del pueblo de cuya vida vamos a presenciar varias escenas”³⁷.

Si bien fue importante la utilización del historiador para construir el entramado narrativo a la vez que para la legitimación de la historia sobre el pasado y la construcción de los personajes, el uso por parte del neogranadino de una tradición diferente a la española, en lengua inglesa, constituyó una búsqueda ideológica común a buena parte de los grupos letrados de mediados de siglo. Es necesario señalar la importancia que se dio a la tradición anglosajona, dentro de la que se incluía la norteamericana, para los grupos liberales en sus intentos de construir la nacionalidad, ya que era útil para consolidar unas ideas diferentes a las españolas, más cercanas a los de los grupos conservadores. No se puede olvidar la importancia que para la formación del liberal de mediados del siglo XIX tuvo un viaje a Europa o a Estados Uni-

36. *Ibid.*, p. 268.

37. Felipe Pérez, *Huayna Capac*, *op. cit.*, p. 8.

dos. Por otra parte, fue una intención consciente de dichos grupos realizar una búsqueda comercial, encaminada a la construcción de nuevas propuestas políticas. Entre ellas, la fundamental de crear una conciencia de las diferencias culturales entre los españoles y los ingleses. Dichas diferencias fueron enfatizadas durante casi todo el siglo en los distintos proyectos educativos que, a partir de la mirada conservadora, promovieron la enseñanza de la teología, el derecho y la filosofía, y, en oposición, los grupos liberales que proponían un sistema educativo más anglosajón, que hiciera hincapié en las actividades prácticas con su sentido del trabajo y del rendimiento económico³⁸. En *Los Pizarros* el narrador afirmó refiriéndose a los españoles: “Nación de hidalgos, poetas y soldados, pero nunca ni de estadistas ni de pensadores”³⁹. Prescott también había dado su propio punto de vista sobre las diferencias culturales de las dos naciones. La cita, aunque extensa, permite ver dicha propuesta:

¡Qué contraste entre estos hijos del mediodía de Europa y las razas anglosajonas que se derramaron por toda la parte del Norte del hemisferio occidental! El principio de acción de estos hombres no era la avaricia ni el pretexto del proselitismo sino la independencia, la independencia religiosa y política. Para asegurar estos beneficios, se contentaban con ganar la subsistencia a fuerza de privaciones y trabajo. No había para ellos visiones doradas que cubriesen su carrera con un velo engañoso, y que los obligara a caminar a través de mares de sangre para echar por tierra a una inocente dinastía. (...) Parece que la Providencia ordenó especialmente que el descubrimiento de las dos grandes divisiones del hemisferio Americano hubiese sido hecha por las dos razas más a propósito para conquistarlas y colonizarlas. Así fue que a los anglo-sajones tocó la parte del Norte, cuyo clima frío y suelo más ingrato eran muy propios para que ejercitasen sus hábitos de orden y de trabajo; al paso que la parte Sur, con sus preciosos productos

38. Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Temis, Bogotá, 1982, pp. 21-23.

39. Felipe Pérez, *Los Pizarros*, *op. cit.*, p. 175.

de los trópicos e inagotables tesoros minerales, era un cebo muy propicio para excitar la codicia de los españoles⁴⁰.

En la constitución de la nacionalidad fue marcada la necesidad de adquirir la distancia que implicaba la construcción de unos valores diferentes a los hispánicos. En el proyecto liberal era fundamental el intento por apoyar el espíritu individual y crear reformas destinadas a erradicar las prácticas e instituciones coloniales. No había nada que se ajustase más a su intención que la ideología anglosajona, que se oponía desde épocas anteriores de manera radical al pensamiento hispano. Quizá por esto, el otro autor cercano a Felipe Pérez citado en sus obras, aunque sólo sea una vez, fue el soldado de la independencia, general O'Leary. "Con todo, la mejor descripción que puede darse del Cuzco fue la que dio en el año 1825 el General Florencio O'Leary, a saber..."⁴¹. Es un interesante desplazamiento temporal para la descripción de la ciudad en el momento en que la habitaban los incas, ya que no se refiere a la ciudad presente, sino a sus ruinas y a las acciones que sobre ella efectuaron los hombres. O'Leary fue uno de los extranjeros más importantes de la Independencia, tanto por su actividad combativa al lado de Simón Bolívar, como porque se dio a la tarea de conservar y reunir en sus *Memorias* todos los documentos que consideró útiles para el futuro, como actas, proclamas y correspondencia política y personal. La mirada desde la Independencia permitió al novelista la presencia del cambio, de un mundo que ya no era español pero tampoco indígena, que en la historia de Occidente pudo comparársele al de la antigua Roma. El pasado ya no era de la barbarie, sino de la civilización.

3.3. *La transgresión de la historia oficial y la presencia del arcángel san Miguel*

Por último, y considerado como un valor central que recorre las cuatro novelas, es necesario señalar algunos elementos del sentimiento religioso, que se expusieron en la obra de Pérez, con el objetivo de re-

40. William Prescott, *Historia...*, *op. cit.*, p. 52.

41. Felipe Pérez, *Huayna Capac*, *op. cit.*

visar la tradición sobre la Conquista elaborada por la historia oficial. El poder de la evocación de toda la obra remitió a la memoria y al olvido del lector. Se narró sucesos que ya eran conocidos, así fuera de manera general por los lectores, y por tanto confiables (“... y es fama que al traspasar el umbral murmuró...”⁴²). Aún así, para ratificar los hechos, el uso de las fechas exactas devino un carácter documental. La referencia a documentos anónimos rescatados de los archivos de Toledo y de Simancas autorizó una generalización sobre lo que era verdadero y permitió crear con el lector un pacto sobre ciertas convenciones, en que no se sospechó la veracidad de lo dicho.

Una constante en las obras fue la desacralización de las historias oficiales. En la voz irónica y codiciosa del padre Luque se escucharon los siguientes pensamientos: “¿Quién quita que vengan a ser tan célebres como Hernán Cortés; y que mi nombre como miembro de la empresa sea citado en las historias cual modelo de desprendimiento pecuniario y celo religioso?...”, y agregó el avaro padre Luque: “Pero no, Luque, más vale vivir un día en la tierra que ciento en la historia”⁴³.

Más que ataques por parte del narrador contra las diversas actitudes de los miembros de la Iglesia católica durante el proceso de conquista, la estrategia fundamental a partir de la cual se elaboró la crítica fue en la forma como se construyó el relato. El punto esencial estuvo en la manera de presentar la intervención de la Divina Providencia en las actividades de conquista y el papel de la Iglesia al rectificar los hechos, adjudicándoles su propia versión.

En cierta forma, parece que se concibiera la conquista como una nueva escena del tradicional drama entre lo divino y lo demoníaco; la explicación de los hechos remite a la causalidad sobrenatural, el drama histórico profano se halla radicalmente reducido al esquema metafísico de aquel drama en cuya versión terrenal del Nuevo Mundo el español encarna y ejecuta designios de la providencia. Tal es el principio de inteligibilidad de la historia común a todos los cronistas religiosos, emanado directamente del pensamiento teológico dominante de la época⁴⁴.

42. Felipe Pérez, *Los Pizarros*, op. cit., p. 279.

43. *Ibid.*, p. 24.

44. Bernardo Tovar, op. cit., p. 36.

El ejemplo más claro en las novelas estuvo en la presencia de figuras divinas que apoyaron a los conquistadores. Particularmente el caso de la participación del arcángel san Miguel en la guerra de Túmbez. Las novelas permitieron relatar versiones distintas de los mismos hechos, ya que en ellas se superpusieron varias temporalidades. Por ejemplo, en *Atahualpa* se relató la llegada de los españoles al Perú y las primeras luchas de conquista; estos hechos fueron nuevamente contados en *Los Pizarros*, aunque con más detalle y extensión. En estas novelas se dieron las dos versiones de la historia sobre la batalla de Puná. La primera en *Atahualpa* y fue la siguiente:

En estas andanzas y después de haber salido de Túmbez, resolvió Pizarro fundar una colonia, a unas treinta leguas al sur de aquel puerto. Llamola *San Miguel*, por la eficaz ayuda que prestole este celeste guerrero en la batalla con los hijos de Puná, donde tuvo a bien presentarse el santo con espada y rodela, y poner en consternación y fuga a los herejes⁴⁵.

La segunda versión, mucho más compleja, revisó la anterior y puso en duda la intervención milagrosa:

Y quien será el desventurado follón que tome a novela esta parte milagrosa de nuestra historia, para espetarle íntegro el siguiente pasaje de Montesinos, que no por llevar un nombre sospechoso por sus conexiones quijotescas, es desmerecedor de ilimitado crédito? “En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los indios, ya de los nuestros, que había en el aire otros dos campos, uno acaudillado por el arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y sus secuaces; mas apenas cantaron los castellanos la victoria, huyeron los diablos, y formando un gran torbellino de viento, se oyeron unas terribles voces que decían: Vencístenos, Miguel, vencístenos!

—¿Qué decir, Candia, del poderoso auxilio que nos ha prestado el cielo en esta ocasión?

45. Felipe Pérez, *Atahualpa*, op. cit., p. 76.

—Ignoro, don Francisco de qué auxilio me habláis.

—¡Pues qué! ¿No habéis visto al celeste guerrero?

—¿El del caballo blanco?

—El mismo.

—Yo sólo sé decir del tal que es un guapo mantenedor; pero por lo que hace al origen celeste que le atribuíis...

—¿Qué? ...

—Tengo mis dudas.

—Cómo así?

—Porque si mal no vi, el caballo en el que venía montado era el mismo en que yo atravesaba todas las mañanas la ciudad de Toledo por delante del alcázar.

—¿Y qué?

—Aunque de superior calidad, no lo creo digno de ser oprimido por piernas angélicas⁴⁶.

A continuación la historia desvirtuó de manera elemental la versión del milagro difundida por la historia eclesiástica. Ya se había creado una ambigüedad entre los géneros novelesco e histórico y una referencia directa a *El Quijote*, dando la posibilidad de considerar al cronista novelesco. El narrador identificó al arcángel, quien era nada menos que un criminal y que como personaje de la metamorfosis había aparecido de diversas maneras en la obra. Se trató de Alí, el pirata del Mediterráneo acusado por varios crímenes contra su familia, quien a la vez era el bandido que había intentado robar a Pizarro cuando iba camino de Sevilla para Toledo. Su nombre había cambiado, de Alí se convirtió en Corazón y de éste en Manjarrés. La construcción de la historia fue la de aquellos personajes propios de la novela histórica que a partir de un permanente proceso de metamorfosis aparecieron y desaparecieron a lo largo de la historia. Este personaje fue también el que se robó a Florazul, enamorada de Pizarro y princesa americana, para llevarla a España “revestida de joyas”.

46. Felipe Pérez, *Los Pizarros*, op. cit., p. 334.

Es fundamental que si bien se desmintió la versión de la presencia del arcángel durante la batalla, se reconstruyó a partir del personaje partícipe de la alegoría del ángel caído. El maleante en últimas acabó por ser ángel, al final de la caída ocurrió el milagro y la conversión. Durante su huida, y la cercanía de la muerte, Manjarrés aceptó la presencia de Dios. Ante lo imponente de la naturaleza americana, de la soledad del mar, Allí se interrogó sobre la presencia divina y su relación con los hombres de mal como él. Después de ser el personaje antagónico de Candía, que provino de su mismo origen ya que era su hermano, se convirtió al catolicismo fray Modesto, quien acompañó al hermano y aconsejó en sus últimos días. Se opuso a la vez al representante de Iglesia encarnado en el padre Luque. Finalmente, el destino propició que presenciara su muerte y fue tentado sin éxito por los tesoros que acumuló durante años la avaricia del sacerdote.

Es necesario entonces aclarar que más que una actitud anticatólica la propuesta de la obra de Pérez fue anticlerical. El catolicismo fue aceptado por grupos liberales, en particular por los gólgotas, como la religión de los oprimidos. Quizá por eso la importancia que se dio en las novelas a la comparación de la llegada a América con la leyenda bíblica del becerro de oro. América como la perdición del cristianismo, y dicha perdición se adjudicó en gran medida a la actitud de los representantes de la Iglesia.

Las cuatro novelas de Pérez propusieron la utilización del discurso de la historia haciéndolo efectivo en el de la novela, lo cual permitió la relación entre literatura y política, necesaria como forma para la fundación de la nacionalidad. No fue el discurso político el que se noveló; fue el discurso sobre el pasado el que sirvió de mediación para construir una propuesta sobre el presente. La función que el narrador pretendió dar a la ficcionalización de la historia no estuvo encaminada solamente a la necesidad de volver a narrar, sino fundamentalmente a generar una reflexión crítica sobre el pasado. El discurso literario a mediados del siglo XIX se convirtió entonces, para Felipe Pérez, en la Nueva Granada, en el discurso cultural más apropiado para legitimar el intento de un nuevo poder político que desde inicios de la década del cincuenta se había consolidado a partir de la separación entre el Estado y la Iglesia, lo que se constituyó en un proyecto fundamental

para cancelar cualquier vínculo con las estructuras económicas y políticas del pasado colonial. Se dio así un papel social a la literatura en la toma de posición ante el problema fundamental del presente: la construcción del espíritu nacional.